



NOCHEBUENA 2020

Un adiós interminable

Crónicas del Conde Crápula

Por Ricardo García Muñoz

Un adiós interminable

Crónicas del Conde Crápula

Por Ricardo García Muñoz

© Ricardo García Muñoz

...nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos a otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y examen de mi pensamiento, de mi locución, de mi idea, o de los demás defectos de mi obra.

TORRES VILLARROEL, LA BARCA DE AQUERONTE

Ricardo García Muñoz

www.ricardogarciamunoz.com

En una infancia invencible.

Prólogo

Me rajo con el esplín. Lo que esputo es por mi expectorante. Lo demás son ideas de espetaperro. Así que espeto por la pluma para dejarlos colgados en la espetera. El espejismo de idear en los teatros da una espibia al espichar las anécdotas de lenguas espinescentes. Así que prefiero espolear a los esporádicos de la literatura para evitar los esperpentos futuros.

Sesión de despedida

Al cabo de un rato cerró los ojos y quedó su rostro en una burbuja de humo de mi cigarro. Los lentes se empañaron con la taza de café humeante y solo dijo: ¿cuándo comienzas a filmar?

Entonces imaginé la lista de tareas y las cuatrocientas cosas que debería organizar para diseñar el video de un desconocido que iba a contar su vida a otro extraño. Las ideas vacilaron por una breve capa de almidón entre mis dedos, sobre la pálida rama de un árbol seco. Lo había mirado con atención hasta que esa pregunta la lanzó sin remedio como un aguijón caliente. Agrio, al borde de una nata de caos, me quedé varado entre la el silencio incómodo.

Contar la vida de cualquiera es un género que se cuece con leña verde. Es un difícil arte que sortea los linderos de la

vida con las burbujas de las filias, los grumos de las fobias, las humeantes vergüenzas, los vacilantes laberintos de la memoria que llevan a puertas cerradas que escapan a una historia. Nacer, crecer, reproducirse y morir. Del portal de vientre de nuestra madre hasta el portal de la tumba, está el fragor de miles de historias o quizá sólo una, contada cientos de veces. Lo miré sin advertir el bombazo de su pregunta, sin entender, gracias a la soberbia del día a día o de la arrogancia que nos hace creer que somos inmortales, que no quedaba tiempo.

“Frente a mí estaba un sobreviviente como todos los que respiramos este planeta, con la única diferencia que él, contra todo pronóstico, conocía los pormenores de una aproximada fecha de caducidad.”

La escena me pasmó y un silencio paralizante y ruin me pegó con un gancho a la realidad. "según los médicos, tengo dos meses de vida"

Calculé mi respuesta para salir del paso. Frente a mí estaba un sobreviviente como todos los que respiramos este planeta, con la única diferencia que él, contra todo pronóstico, conocía los pormenores de una aproximada fecha de caducidad.

Pensé de inmediato en mi agenda desordenada, en mis apuntes para un proyecto mejor; en los próximos deseos que se arrancan y se olvidan porque creo que tengo tiempo. Vio mi perturbación. Mi tristeza. Mi desaliento

asomando por los poros. Él todo lo tenía claro, pero sobre todo, planeado. Entendí esa frase gastada de tener los días contados. Y también comprendí que en ese instante de la vida las mentiras son más mentiras y aparecen como un barco en el desierto.

No había tiempo de producir un video memorial, por todas esas cuatrocientas cosas de producción en las que se dedica, sobre todo, tiempo. Pero no pude enfrentar la verdad por motivos pudendos. Por vacilar con la esperanza, por confiar en el optimismo que salió a flote como un perro rabioso. Aunque en el fondo, me estrujaba que él tuviera razón. Él, un joven con el que apenas cruzaba mi primer conversación de cara y frente, acababa de ponerme contra las cuerdas de un ring imaginario. Lo conocía sobre todo por las historias de Merit, por el cariño que se convirtió en un gran amor, de esos amores eternos. Entonces sólo tenía en el aire un espíritu inimaginado de lo que es un luchador.

Ángel murió luego de un mes.

Más tarde, los días transcurrieron con el apremio necesario para poner cosas importantes en un lugar casi distante, el lugar frío y soberbio de un pensamiento inmortal. El trabajo, los pendientes, las labores. Una gala del dispendio de la vida. Un sábado apareció la noticia de la muerte de una vieja amiga y entonces el sabor amargo de la despedida postergada no hizo más que dejarme entre una espesa cama de clavos. Lidia había muerto. Ese era el resumen que orbitaba en mi mente pero que de momento no entendía la sintaxis, la lectura de la oración que dan los pésames glamorosos en el Facebook, porque el nombre se combinaba con un pedazo de mi vida, de mi historia, de mis recuerdos y así, de un plomazo perdía un trozo de mi

infancia en el rubor de mi memoria, en los sesgos del recuerdo, en la última imagen de una amiga entrañable.

Los amigos son temporales y aparecen en capítulos honrosos de nuestra vida. No son para siempre, (esa es otra idea arrogante), son inspiradores y viven en el presente, si, en ese presente finito, porque en un momento dado, en un vuelco del azar, vamos quedando como gratos momentos llenos de amor en el cajón de las fotos lejanas; quedamos como recuerdos de un instante querido, de un pedacito de corazón. Tal vez algunos personajes rompan la barrera del tiempo, de los pretextos, de la arrogancia del después llamaré, del luego me pongo a mano, de la procrastinación de la amistad, pero otros no, otros amigos quedan impávidos en etapas y épocas y recuerdos queridos y allí se momifican. Un tiempo que ya no es. Un tiempo que no se puede echar atrás.

Reconozco que soy un hombre de muy pocos amigos. Solitario a secas. Celoso de la amistad. Pero seguro que un día, en ese momento, en ese instante los amé con furia y con arrebató. Así que la muerte de Lidia me trajo una oleada de instantáneas de la felicidad cuando era un niño; cuando atravesaba la secundaria, cuando, en ese momento lo más importante era la amistad y la pertenencia a un grupo.

Pues eso, en nuestras reuniones, nos agitaban charlas y sueños y anhelos y proyectos a largo plazo. No recuerdo qué sueños tenía, aunque eran compartidos. Espero que haya tenido una vida plena y llena de amor; no merecía menos. Recuerdo la última imagen de Lidia frente al café de mi casa. Estaba allí, enamorada y feliz en una cita con un chico. Nos sonreímos y la saludé con recelo. No quise interrumpir la escena "privada" en un sitio público. Y ya. Nada más. Nuestros caminos no volvieron a cruzarse y

sí me presionan, no encuentro el momento donde la amistad fue diluyéndose entre el vaivén de los días.

Así noté como se han diluido muchas personas que se quedan en el estanco de mis recuerdos. En el espacio casi mortal de no procurarnos, aunque la arrogancia y la pedantería de creer que viven en algún sitio del mundo, los hace más vivos, pero también hay un extraño olor a muerte, a olvido. Estoy seguro que muchos de mis amigos no recuerdan mi voz. Suponen que vivo en algún sitio y ahora gracias a las redes sociales, parece que sabemos o conocemos del otro. Y eso está bien, aunque para mí es una falacia. En las redes sociales no revelo nada cercano a la realidad en la que vivo. Tal vez de cuenta de lo viejo que estoy o lo calvo que me veo, y ya. La vida pasa. No será posible ver a los compañeros de la infancia con el vigor de los trece años, las aficiones de los 13 años o las filias y las fobias de ese tiempo cinerario. Ruego que no. Pido que no. Mejor que estas cosas nos pongan en nuestro lugar.

A lo mejor hallamos las etiquetas que una vez pusimos a las personas, pero así, con etiquetas van viviendo en un rescoldo de nuestro camino a pesar de ya no ser los mismos.

Supe entonces que ya hay vacante en el trabajo que dejó Lidia. Y eso duele, apenas le están rezando los rosarios. Y entonces viene el golpe bajo. La vida nos hace reemplazables y creemos que un estúpido trabajo nos consolidará como seres humanos. Nos dará reconocimiento. Nos subirá a un pedestal. Nos pintará de personas exitosas. Nos hará un monumento. Nos lanzará al salón de la fama inmortal de los trabajadores de tiempo completo que cumplen con el deber del deber. Nada más ilusorio y así, de plano: pendejo (otra vez arrogante) porque dejamos a la familia, a los amigos, a los momentos

queridos, lo único que tenemos, por una meritocracia fallida.

En ese error, en ese clic que sonó al leer la esquila de Lidia, le siguieron todos los tambores de la infancia; esos fragmentos de las escenas en el film de mi vida que me hicieron el hombre que soy ahora, en la persona que repercute en este presente y entonces, resumido, mejorado, con los errores auestas y las virtudes veniales, vive el presente recolectando los momentos de felicidad que rodean las dificultades y los sueños.

Allí, en ese páramo de historias, están los pocos viejos y empolvados amigos que pertenecen a una historia íntima. Y suena la palabra gracias. Eso me hubiera gustado decirle a Lidia. Gracias.

La razón apagada

Las islas de la realidad contemplan espacios cerrados y oscuros a lo largo de mi día que me ponen en condición de espanto o de alerta. Son esas rocas del momento que se alzan punzantes entre el recorrido de la rutina gris, de la inercia de los instantes que se pierden con movimientos o pensamientos mecánicos en ese presente finito. Esta idea no nació hoy, la puedo explicar mejor cuando en una tarde de invierno guanajuatense de 1980, en la cuarta fila de la escuela primaria Federal Ignacio Allende, llegó a la puerta la maestra Chofis con sus lentes ovalados y un peinado de salón para explicar la recta numérica mientras en su escritorio partía en dos sus palanquetas. En el ambiente mental sólo estaba el salón rojo con una estética

steampunk de la película Flash Gordon, asfixiado por la ola de soldados derribados como bolos de boliche. Esa recta numérica partía de mis pies y se largaba hasta vislumbrar un cielo volcánico en un punto indefinido de un pizarrón verde. Y todo el salón se desparramaba en suspiros, eructos y flatulencias que no entraban en el cuadro de Apocalipsis de mi incipiente aventura por mi generación X. De vez en cuando me asomaba a los trozos de realidad cuando Pérez Alonso intervenía para afirmar las sentencias de la maestra Chofis, para reforzar ese conocimiento o para abonar un granito de sabiduría al resto de humanos que quedábamos en el aula y que éramos tratados como unos sub normales. Volvía a imaginar que en la recta numérica de mi Apocalipsis, Pérez se hundía en un volcán en llamas y pasaba sólo para mirar de lado como sus rastros hervían en un pozole radioactivo. En esas estaba, viendo hacerse cuajos a Pérez Alonso cuando como una patada caliente, un aroma a mierda explotó en el oxígeno que respiraba y que me devolvió al salón de la primaria del que no tuve que salir nunca. Artemio López Bravo gritó, un "huele a caca" chillón y rabioso que me hizo revisar mis pantalones. Miró a todos y se convirtió en un sabueso en busca de droga; abrió las fosas nasales y saltó de su pupitre persiguiendo el hilo aromático de la mierda hasta que dió con el culpable. No levantó la cola como esos perros, pero con odio, apuntó con el dedo a Jeremías, hundido en el pupitre con su vergüenza.

Con la razón apagada, el caos le ganó la partida a la autoridad de la maestra Chofis; unas niñas gritaban, otros se levantaban en el mesa-banco para ver con claridad la cara de Jeremías pudrirse de impotencia y los compañeros aderezaban su saña al reír a carcajadas, otros, con gran actuación simulaban un vómito invisible. En ese instante la

isla de la realidad apareció como un iceberg. Me di de cara, de frente contra esa roca de realidad de la maldita pena ajena. Quedé pasmado y ya sin querer mirar ni de reojo a Jeremías. La cuota de varazos y golpes con el anillo de la maestra Chofis, nos echó del salón para quedarse a solas con Jeremías. El maestro Juan Antonio, del 5 A salió al rescate y nos llevó al pórtico. Cuando todo estuvo bajo control, volvimos al salón y no había ni rastros de Jeremías, ni de peste, ni de mierda.

Quedé parado en la punta del volcán de la isla de la realidad que me dejaba seco ante los chistes vulgares de los compañeros, de la crueldad animalizada, de la razón apagada. El chico había pasado por todas las burlas conocidas.

Aún absorto entre el velamen de mi isla de la realidad, miré cuadro por cuadro los rostros de una pelotera de escuincles que se movían siguiendo un fantasma diluido entre el escarnio sañudo. Escuchaba los comentarios en voz alta, las risas entrecortadas y las mentiras de una imaginación sanguinaria que deseaba ver al otro humillado y derrotado. En mi isla de aquella época sólo pensaba que eran unos caníbales sin sentimientos, que merecían verse al espejo para notar sus miserias y entonces apagar el escándalo de sus risas.

El choque con el hombro del Tetos me hizo descender de la isla hasta surfear en las aguas convulsas de la pelotera. Tetos me mostró su dentadura sarrosa para provocarme una risa cómplice. Le sonreí ya sin razón y caí en la corte

de los cómplices que sonríen con sus dientes cariados y su halitosis frente a los chimuelos.

No pude dormir bien ese fin de semana, pensaba en la pena de Jeremías. Me molía mi vergüenza ajena. Hasta el lunes siguiente, cuando en fila india, luego de los honores, entramos uno a uno al salón de clases, la cobardía (que es una bruma verde del anonimato) de la muchedumbre dejaba afinar una sonrisa. Pero todo fue silencio. Con el rabo del ojo miré al pupitre de Jeremías. Estaba allí, con la mirada teledirigida al pizarrón, se aislaba del resto (supe que estaba en su isla de la realidad. Pesada y cruda) para seguir con la vida y vencer al populacho malsín.

Los días del resto de la primaria siguieron aderezando pedazos a la anécdota de Jeremías el cagón hasta que desapareció en la secundaria. Los días en mi vida con él siguieron en un témpano polar y duele reconocer que lo vi con pena y conmiseración porque me trepaba en mi isla de realidad, porque no quería herirlo o quería borrarlo todo, porque vi de pronto a un niño hostilizado que no quería ser yo. Algo que no merecía el chico. Su rostro no fue igual, a pesar que compartimos miles de partidos de basquetbol y en el fondo ambos queríamos olvidar el asunto, su faz se hizo adulta y la convivencia lejana. Había entre nosotros una razón apagada porque yo no podía evitar el miedo de mis 10 años a que, en un momento inadvertido, se cagara de vuelta en los calzones.

Esas islas de realidad, que aparecen en mi océano embravecido, me hacen salir a flote. Pensé en un momento, que cuando la madurez nos arrojara al jardín de la realidad, el resto de los mortales viviríamos en un continente de razón, sin embargo, los embates de la fantasía virtual de hoy en día, nos oponen y nos hostilizan. La mierda flota entre las mentiras de las redes sociales, entre las divisiones

ideológicas y el enojo por creencias y apegos para tener la razón; si creo no tenerla, la arrebató. Hay una razón apagada y embargamos la conciliación para dar paso a la violencia emblemática de un siglo con enormes posibilidades de comunicación y paradójicamente mas confundido y peor comunicado.

Exploro a diario mis islas de la razón y comprendo con felicidad que en este mundo aun hay esperanza a pesar del olor a mierda.

Memorias de la meritocracia

“Hay muchas cosas en la vida más importantes que el dinero. ¡Pero cuestan tanto!”

Marx, Groucho.

Ramón Villegas, alias el bulldog, fue mi primer enemigo metafísico con el que tuve que pelear en condiciones desiguales. Él era maestro de inglés. Yo era un quinceañero. Libré una batalla en la que tuve que medir pulsos por un equilibrio metafísico y marxista que desconocía hasta el momento y que me transformó para siempre.

El Bulldog me odió de inmediato. Nació su repulsa hacia mí, nomás traspasé el umbral del salón de clases. Recuerdo

que eran las peores lecciones de inglés. Horas desperdiciadas donde rayaba las libretas y me esforzaba por entender los ejercicios de escritura con inútil afán. No puedo echarle toda la culpa al estúpido Bulldog, también le debo mi pésimo inglés a la educación laica gratuita y obligatoria y al glorioso movimiento del rock en tu idioma que echó a perder mi interés en conocer lo que decían las canciones en otra lengua.

Lo que iba a aprender, no era nada académico, sino una lección marxista groucheana: Una batalla que desde entonces me viene persiguiendo como un perro rabioso.

Ingresé a primer semestre de preparatoria luciendo mi corte a rape como el símbolo incontestable de un triunfo arrollador en el examen de admisión. Lucir la cabeza pelona era la marca de los pocos elegidos que alcanzaban los mejores puntajes de ingreso. Creí entonces que esa discusión ya estaba saldada. Pero fue mi error. Confiar en la tan alabada meritocracia.

Luego del primer mes de sus clases insufribles, recitó uno a uno los nombres y las calificaciones de todo el grupo de púberes con ansias paranoicas de sumar un número extraordinario a la vida, para escalar a la cima del éxito. Llegó a mi nombre. Carraspeó. El escaneo de su mirada duró más de la cuenta. Y una vez que me enfocó, dijo, con una sonrisa de media luna: -¿Por qué le quita el lugar a los que necesitan estudiar?, usted no lo necesita García. Mejor váyase a atender los comercios de su mami.

Acto seguido, recitó mi calificación reprobatoria arrastrando su sonrisa por el aire intoxicado del salón. Sentí una parálisis helada en mis manos. No esperaba aprobar de ninguna manera, lo sabía; pero la frase sádica quedó tatuada con alambre ardiente en la calva orgullosa.

Atacaba a otro sitio que no era el académico, sino el personal. Sonreí en medio de la confusión y supe, en una Epifanía que no, jamás renegaría de mi origen. Ni tendría que pedir perdón por mi existencia o mi vida. Tampoco lograría compadecerme de su triste historia que pudiera reservarse para un melodrama de esos de Pepe el Toro que explicara la ideología del mexicano y la lucha de clases.

Salí de la escuela y descendí hasta la Alameda preguntándome qué le había hecho para que en un sucio revés, tratara de humillar a un muchacho de quince años, que siguió las reglas de admisión, las cumplió y estaba inscrito en la institución con honestidad. Ninguna razón clara iba a encontrar entonces porque todo venía del odio y el lugar común.

***“No lo volví a ver, pero su espíritu se
manifiesta de formas misteriosas. Los que
odian gratis. Los fementidos. Los
traidores. Los acomplejados. Los que
esperan verte en el piso sin meterte el pie.
Los que creen que el talento se compra.”***

Dos días seguidos temí por el siguiente encuentro. En un momento consideré la opción de renunciar a esa materia, más por no darme de frente con ese maestro que por darle la razón. Le temía. Era desagradable. Estatura baja, tirando a enano, con cara ancha y voz ronca que desafinaba los oídos. Un bulldog.

Entré a la siguiente sesión de inglés. Allí estaba al acecho. Una sonrisa helada. Mirada seca. Belfos parlanchines y la voz ronca, con amplificadores y bajos. Me fui a sentar hasta

el fondo del salón, en la última fila. Camuflado entre los cuerpos de mis compañeros y con la cara fija al pupitre. Pero la cacería siguió. Cada vez que podía lanzaba dardos envenenados. Popis, fresa, pudiente...

A ver García... lanzaba el arpón para que me tropezara en la respuesta. Acomodaba el tema para reprocharme alguna estupidez acerca de... si, los ricos y los pobres.

Tartamudo, sólo dije alguna cosa para salir del paso y que la atención se fuera hacia otro lado del aula. La decencia me estorbaba.

Salí de clase y me pregunté: ¿Le estaba quitando la oportunidad a alguien más?, ¿Tendría que avergonzarme porque nací en una familia de comerciantes con una ética de trabajo?, ¿Tendría que sentirme mal por la culpa cristiana de otro imbécil?, ¿yo era responsable de sus traumas de explotación al proletariado?, ¿yo era el culpable del mito del pobre pero bueno y honrado?

No. Me quedaba claro. Aceptar sus acusaciones, sus percepciones mediocres sería aceptar que todos los méritos se reducen a un cheque al portador. Aceptar el supuesto de que el dinero todo lo compra porque todo es corruptible. Aceptar su postura era acreditar el descrédito para todas las cosas que hiciera por mis pulmones. Combatiría entonces la descalificación fácil.

En la siguiente clase de inglés, llegué con anticipación y me senté en la primera fila. Sabía que eso lo iba a sorprender. Llegó el hombre y cerró la puerta. Me observó como quien ve a un borracho orinado y enseguida plantó esa sonrisa suspicaz para comenzar el ataque.

-¿Qué pasó García, ahora también le va a quitar el asiento a sus compañeros que aprovechan la escuela? Usted que es rico... dijo paseando la mirada por el grupo para reunir cómplices en el linchamiento público.

-¿Y? -Le contesté con un grito alargado. ¿No te jode?, ¿Cuándo le quité su dinero? A mí no me da pena. ¿A ti?

El Bulldog se le cayó la panza hasta debajo de los genitales. Quedó desinflado. Miraba los gestos de los compañeros para encontrar una respuesta sañuda.

-Yo pasé a la prepa por mis huevos y tengo el mismo derecho a sentarme donde sea- y froté la calva orgullosa.

Le hice pasar un puño de clavos por la garganta. Las mejillas coloradas y el hocico babeante echaban espumarajos. -Sálgase de mi clase-. Remató con una vocecita delgada. Respiré hondo sobre la nata de silencio suspendida en el aire. Caminé despacio con temblores en la rodilla hasta el pasillo y cuando me perdió de vista me incliné para recuperarme de la taquicardia.

El Bulldog me retiró el habla el resto del semestre y con descaro aprobé el curso.

No lo volví a ver, pero su espíritu se manifiesta de formas misteriosas. Los que odian gratis. Los fermentidos. Los traidores. Los acomplejados. Los que esperan verte en el piso sin meterte el pie. Los que creen que el talento se compra.

Del Bulldog aprendí lo que dice el Talmud: la mejor venganza es la felicidad.

Un adiós interminable

Ayer noche, cuando buscaba el diccionario de Joan Corominas entre los estantes de mi librero, apurado por hallar el significado etimológico de la palabra gratitud, cayó de un estante superior un cuaderno de recortes de periódicos y revistas que Merit ha ido compilando a lo largo del tiempo. A primera vista, el libro es una enloquecida egoteca organizada cronológicamente con la mayoría de mis filias y mis fobias públicas; presentaciones de libros, entrevistas y declaraciones pendencieras contra viejos enemigos come mierda. Confieso que el tiempo se detuvo y mi memoria se barnizó de una nostalgia espinosa. Allí estaba la mega historia de 26 años dándome un tour por los rincones más olvidados y por qué no, más inolvidables. Veintiséis años, fecha inexacta por supuesto, de una carrera tatuada con la

caricia de la tinta y el papel. Soy del siglo pasado, un hucha del siglo pasado, uno de esos seres humanos que nació con la era de la imprenta y cabalgó a la mancha de luz digital a contra pronóstico.

“Nadie está preparado para la orfandad. Nadie está listo para una despedida sin adioses o besos desesperados. En ese instante sólo quería estar allí, no para despedirme de ella, sino para salir del hospital con ella.”

Leí en las primeras páginas del almanaque, una publicación, de las más antiguas que guardé con especial cariño. Es quizá la publicación más vieja que conservo, de mis primeros años en activo en el mundo de mis letras. Una vieja columna que publiqué en un periódico me lanzó, como un muñeco de trapo a los límites de mi resistencia. Y recordé que antes de publicar por primera vez esa columna, hubo una noche, la del 26 de enero del 97, cuando llegué de la ciudad de México, sin escalas al hospital de la Presa, en Guanajuato. Intoxicado por una llamada de alarma que me suplicaba estuviera allí, para despedirme de mi abuela. Pasé directo a la habitación y me enfrenté con la peor pesadilla. Quien me enseñó a no rendirme jamás, estaba pelando una cruenta batalla para quedarse un poquito más en esta tierra. Allí, aferrada al respirador, intoxicada con sedantes colgaba un hilito de vida de quien fue mi madre hasta el último aliento.

Nadie está preparado para la orfandad. Nadie está listo para una despedida sin adioses o besos desesperados. En ese instante sólo quería estar allí, no para despedirme de ella, sino para salir del hospital con ella. La noche pasó lenta, en la agonía y el desamparo. Sólo un milagro podría detener la muerte. Así que, en una de las vueltas para vigilar a mi abuela comenzó la crisis. El terror, la escalada de los estertores y la despedida nunca concluida. Al final, mi madre quedó a la deriva entre dos enfermeros confundidos. Así lo creí, porque los únicos conocedores del desenlace eran ellos. Supliqué por la presencia de un médico y condescendientes dijeron que ya le habían avisado. Pero ocurrió la muerte. El médico no llegaría jamás porque la encrucijada era la muerte o un milagro. Y ese médico no creía en milagros. Recuerdo que volví al planeta una semana después, a la senda del duelo, con espinas y alfombras de llanto que se mecen como arenas movedizas entre los minutos diarios.

El sol sale al otro día y encima de todo, debe uno ir a vivir.

Entre libros y hojas de papel bond procuraba desmarcarme de la tristeza. Driblar al coraje, fingir a la impotencia. Iba cada día a mi viejo estudio improvisado en la calle de Independencia con la intención de trabajar un poquito. Había una luz que pasaba por la rendija de una ventana y una nube de polvo, como una burbuja iluminó mi escritorio. Con ella iba un envión de coraje que me arrojó contra el cuaderno. Entre lágrimas y rabia, apreté las mandíbulas para dejar ir un tráfago de emociones que iban y venían del estómago a la garganta anudada. Cuando tuve el borrador, machaqué las teclas de mi pequeña olivetti portátil y al final llené dos páginas a renglón corrido.

Metí el texto en un sobre amarillo. Apunté el nombre del director editorial y lo llevé a la oficina del periódico el Nacional que quedaba frente a mi estudio; un lugar en un segundo piso, maloliente y en ruinas.

La secretaria me miró llegar hasta su escritorio. Apenas dije algunas palabras. El reportero de guardia miró su reloj y volvió a su máquina de escribir. Le agradecí a la mujer que tomó con las dos manos el sobre manila y me sonrió. Cuando salí de la pequeña oficina, las piernas se pusieron rígidas, como un par de postes de luz. Ya no sabía lo que pasaría.

Al otro día compré el periódico. Lo leí de cabo a rabo. Un par de veces. Leí los anuncios clasificados confiando que allí podría quedar los restos de mi pasión. Entonces me ruboricé. Me arrepentí. No tenía ni una copia de mi texto. Ya no sabía qué había declarado, apuntado, jurado y cuando no vi en ninguna parte mi trabajo, respiré con alivio. La vergüenza me atajó con menos arrestos y me dije todo el día que estaba mejor así. Incluso, podría ir a la oficina del periódico a rescatar mi texto. Pero supuse que ya el editor había hecho lo propio, lo que yo hubiera hecho: tirarlo a la basura.

Para el domingo, mi padre dejó en la mesa del comedor el periódico y con desgano comencé a hojearlo. Entonces en la página 12, leí el título “Doctor, le duele la ética” y las fronteras del mundo se borraron. Debajo estaba mi nombre impreso en tinta. Y esta emoción me disparó todas las alarmas. El trayecto de mi texto no era un tema digital donde se copia y pega, sino una senda llena de colinas: imaginé el recorrido de mi sobre manila llegar hasta el director editorial. Abrirlo, leerlo, pensar cuándo saldría publicado, pasarlo a la mesa editorial, al corrector de estilo, pasar a los editores, correctores, tipógrafos,

impresores, distribuidores; todo un grupo de personas que trabajaron para darle vida a un impreso, para echar a rodar las prensas. No sé si palidecí, pero sentí la fuerza del escrotor. Un regalo inmerecido. Un triunfo secreto. Yo sabía que no iba a parar allí, que nada iba a quedar igual. Había firmado un pacto conmigo, hacer lo que me gusta. Ni más ni menos.

Todos los miércoles llegaba a la oficina del periódico, me miraba la secretaria, el reportero miraba el reloj y asentía con la cabeza. Sólo tuve comunicación con el director editorial por medio de cartas que integraba al sobre manila de los miércoles. No tuve mejor pago que mirar mi nombre impreso. Escribí historias de Molicie y Café más de un año. Firmaba sin pseudónimo porque era un desconocido, un fantasma de los miércoles. No había likes, ni comentarios. Era un secreto publicado.

Ahora lo pienso, luego de repasar esa cadena de historias del almanaque, que coincide cuando estoy a punto de publicar mi nuevo libro de cuentos, que siento los nervios de aquel muchacho llevando un trabajo realizado a sangre y lágrimas a donde nadie lo pidió. Y espero como ese Ricardo del 97, que sea domingo y que salga mi nombre con tinta y que nadie me conozca. Que vuelen sólo mis historias. Y deseo con rabia, con nostalgia que estuviera mi abuela para leerme, y decirle que sí, que los milagros existen, porque quizá la literatura, la mía, sea ese larguísimo adiós interminable.

Acerca del autor



He de decir que soy un libre pensador que cree en los valores simples y fundamentales de la verdad y la justicia. Tengo 47 años y una trayectoria de más de 20 en los medios de comunicación y la literatura. Medallas más, medallas menos, me gano el pan honestamente. He aprendido a vivir de la literatura y de mi carrera profesional. Me enorgullezco de los libros que he leído y los que he escrito, pero más de las bolsas de mandado que he cargado para llevar pan a mi casa. Soy sabiniano con tendencia ibarguengoitiana. En el fondo soy escritor y escrotor. Venero la palabra así como odio la zafiedad de los terrícolas. Escribí un libro llamado hortera en honor al mal gusto de la gente. Hago retratos al portador. Y de lo que más me gozo es de la libertad de la palabra. Escribí una

tesis sobre la deontología periodística (para más señas, sobre la ética en la profesión periodística) otra sobre la radiodifusión educativa y rematé otra tesis acerca de la literatura. A la sazón soy un hombre afortunado. Ahora celebro el nacimiento de un libro de cuentos Nadie vendrá a vernos, un libro con narraciones que fui llevando y trayendo de un lado a otro a lo largo de diez años. Con él celebro la libertad de decir, así nomás, lo que me da la gana. Ignoro si hay otra forma de vida, y si la hay, no creo que sea vida. Hay tres cosas fundamentales, mi esposa, mis hijas...Lo demás, no me acuerdo.



www.ricardogarciamunoz.com